

PARA PROFUNDIZAR MÁS EN LUCAS 4, 1-13

1. Las tres tentaciones. Lucas nos cuenta al comienzo de la misión estas tres tentaciones de Jesús. En la primera tentación, el diablo no discute que Jesús sea el Hijo de Dios, lo da por supuesto, y lo tienta a convertir en pan una piedra, ya que lógicamente tiene hambre. ¿Por qué Jesús no obra el milagro? Porque los milagros que Jesús hace son siempre para los otros. Es la tentación del tener, del acumular, del consumismo, frente al compartir y preocuparse por el otro. La segunda es la tentación del poder político y del dominio, la explotación y la propia gloria. Y cuando ponemos intereses, a nosotros mismos o a personas en el lugar de Dios, como nuestra primera preocupación, esto es idolatría. La tercera tentación es la de querer tentar a Dios, manipular a Dios y la religión para provecho propio, el triunfalismo. Y Jesús deja muy claro que su ministerio es para otros, no para él. No es salvarse a sí mismo, como tampoco en la cruz: “si eres... sálvate” (23,35.37.39). Y nos queda claro que es falso servidor de Dios el que se sirve de su ministerio en su propio provecho. Vemos, pues, que Jesús, apoyándose en la fuerza del Espíritu y de la Palabra, vence sus tentaciones y reafirma su fidelidad al Padre y el camino que ha de seguir como Mesías: frente al tener, elige el compartir y estar con los pobres y humildes; frente al dominar y buscar la propia gloria, elige el servir y entregar la vida; frente al sacar provecho propio de la religión y de su ser Hijo de Dios, elige luchar por la liberación y el bien de los otros, entregando la vida.

2. Jesús es conducido al desierto "lleno del Espíritu Santo", nos dice el pasaje de Lucas insistiendo en uno de sus temas favoritos: la fuerza del Espíritu está con Jesús. El desierto en la Biblia simboliza el lugar del encuentro consigo mismo y con Dios. Durante cuarenta años el pueblo judío hizo su camino hacia la tierra prometida. Esa marcha le permitió conocer mejor a Dios y tener una conciencia más clara de él mismo (Deut. 8,4-10). Jesús ha sido bautizado y va a comenzar su vida pública. Pero antes va al desierto y, simbólicamente, Jesús estará también cuarenta días en el desierto antes de comenzar su misión. Las tentaciones que sufre le ayudarán a pensar y a ver con claridad cómo tiene que llevar adelante su tarea mesiánica de liberar al pueblo, su anuncio de un Dios Padre que ama a todos, especialmente a los pobres, a los humildes, los marginados, los sencillos. Así, se dará cuenta de que todo viene de Dios, y lo que El da es para el servicio de los demás. También verá que lo único importante es Dios y su Reino. Y que su Dios no es el Dios que hace milagros para asombrar y apabullar, sino el Dios del amor y del servicio. La lección es clara: en la tarea que empieza, Jesús proclamará el Dios de la Vida y su Reino. Nadie puede utilizarlos para su prestigio personal o para dominar -política o espiritualmente- a los demás. La actitud de Jesús debe ser la nuestra, la de la Iglesia. Su mensaje y su poder no están al servicio de ella misma, sino de Dios y de sus preferidos: los pobres.

3. Los textos bíblicos citados relacionan la tentación con la pasión y la muerte de Jesús, donde toda tentación será vencida y Jesús se manifestará definitivamente como el Mesías sufriente. El relato se construye en torno a un diálogo en el que tanto el diablo como Jesús citan la Escritura en apoyo de su opinión. El diablo utiliza la palabra de Dios para justificar el milagro espectacular (primera y tercera tentación) o el dominio universal (segunda tentación). Sabiendo que Jesús es el Mesías, intenta invitarle a realizar su papel en la historia de la salvación como un Mesías triunfante, poderoso. La propuesta de Jesús es radicalmente opuesta: su fidelidad al Padre, que aparece en los textos citados acá del Antiguo Testamento, le hace entender que su ser Mesías no es un camino de poder y de triunfo, sino un camino de obediencia y servicio al Padre Dios y a sus hermanos, entregando la vida hasta la muerte en Cruz. El relato se cierra con el alejamiento del diablo que no volverá a aparecer hasta el comienzo de la pasión (Lc 22, 3). Concluyen así las tentaciones como si fueran el anticipo de la lucha final, que tendrá lugar en Jerusalén. Allí se enfrentará de nuevo Jesús con el poder de las tinieblas (Lc 22, 53), y nuevamente, con la fuerza del Espíritu, saldrá victorioso y fortalecido para entregar la vida por el Reino de Dios hasta las últimas consecuencias.